

fuí á mi casa con la cabeza llena de mil tumultuosos pensamientos.

#### IV.

Apenas pude dormir pensando en la graciosa aparicion que habia atravesado por mi vida, tan vacía y tan oscura pocas horas antes.

Algo y acaso no poco de artista habia en mí para prendarme tan verdaderamente de aquella frágil criatura: á un hombre materialista poco ó nada podria decir su misterioso encanto, que hablaba mucho más al alma que á los sentidos: sus delicadas formas, su rostro, cuyas facciones eran mucho más notables por la armonía que guardaban entre sí, que por su belleza, su expresion dulce, su gracia noble y decente, solo podia impresionar á una naturaleza tan escogida y noble como debia ser la suya.

Era tan grande en mí la fuerza de su recuerdo, que al levantarme al dia siguiente solo me preocupaba un pensamiento: el ánsia de acercarme á ella, de hablarla, de tomar parte en su vida interior, para ver si lograba desimpresionarme, hallando en ella los defectos de otras mujeres, ó alguno más grave ó más desagradable de los que les son comunes.

Volví á subir á la bohardilla de Tecla: eran las once de la mañana, y la criada de la desconocida arreglaba el gabinete donde la habia visto la noche anterior.

Más de dos horas permanecí esperándola: por fin, á la una entró; se sentó al lado de los cristales, y se puso á coser.

Mientras ella se hallaba asi ocupada, yo envié á Tecla á mi cuarto para que me subiese papel y tintero; y sentado delante de la vieja mesilla de la buena mujer, y mirando á la que tan fuertemente preocupaba mi pensamiento, la escribí este billete:

«Yo no sé, señora, si estará Vd. acostumbrada á inspirar grandes pasiones, y por lo mismo, si despreciará el sentimiento que voy á confesarle; tal vez sí, porque Vd. no puede despertar un sentimiento tibio; y esta certeza me abrumba con una tristeza que apenas sabria pintarle; sea como quiera, yo necesito decirle que la amo, y que su recuerdo no se aparta desde ayer de mi corazon.

»Vivo enfrente de su casa, y ni sé quién es, ni si es libre, ó si está sujeta por lazos que son inquebrantables á otro ser: por mi parte quiero decirle que soy un hombre de honor, y que la memoria de Vd. no se separa de mí.

»Dónde podré verla? ¿Cómo podré hablarla? Su hermano; su amigo, lo que Vd. quiera que sea para Vd., aquello seré; pero déjeme ser

algo en su vida, algo que no le sea indiferente: permítame que, si tiene penas, la consuele; que, si necesita ayuda, se la dé yo: ¿por qué tengo la convicción de que es Vd. desgraciada? No lo sé; pero está tan arraigada en mí esta creencia, que no se puede cambiar, á ménos que Vd. me diga lo contrario.

»Yo ignoro, señora, si llamándola así le doy el dictado que la corresponde; creo que, á no llevar éste, no viviria sola: perdóneme si en esto me equivoco: de lo que tengo seguridad es de que es digna de una pasión noble y verdadera.

»No me atrevo, ni á la osadía de decirle mi nombre: á las ocho de esta noche estaré en el balcón de mi cuarto: si me concede el que la vea, mande cerrar una de las maderas del balcón y deje la otra abierta.»

Cerré esta carta y la envié con Tecla: pero no bien la oí cerrar la puerta despues de haber salido, cuando me pareció la misiva lo más ridículo que pudiera imaginarse.

Corrí á la escalera para llamar á Tecla, pero ya habia salido á la calle.

Entonces, presa de una ansiedad indecible, corrí á la ventana para mirar si le daban en seguida á mi vecina la carta fatal.

No tardó diez minutos á estar en su mano: como no llevaba sobre, la abrió enseguida, y con gran tranquilidad; más no haria un segundo que leia, cuando ví subir á sus blancas meji-

llas una tinta rosada, que segun acababa de leer, se convertia en arrebatado carmin.

Yo temblaba como un condenado á muerte: tenia frio en el corazón, y hubiera dado mi vida entera por volver á recoger aquella carta, sin que ella la hubiera leído.

Cuando la nube de la cólera se hubo disipado algun tanto, llegó la del dolor: aquellas dos gruesas lágrimas que la noche anterior cayeron sobre el papel, volvieron á salir de sus ojos: y despues, dejando caer la carta sobre su falda, ocultó el rostro entre sus dos pequeñas manos, y el movimiento convulsivo de sus hombros me hizo ver que lloraba, y que su pena se exhalaba en sollozos.

Mi dolor, mi exasperación llegaron á su colmo: hubiera corrido á darme la muerte á sus pies; pero ni esto me era permitido: clavado, inmóvil en mi sitio, la contemplé yerto de pena y de admiración, pues me asombraba que aquella sensación tan profunda y dolorosa, la hubiera causado el homenaje de mi amor, tan profundamente sentido como respetuosamente expresado.

Cuando hubo llorado largo rato, se volvió y arrojó con un desden doloroso mi carta sobre un mueble que debia haber á su espalda: alzó al cielo sus ojos, y tomando de nuevo su labor, se puso á trabajar, con un movimiento en el que habia tal resignación y tanta tristeza, que

la vergüenza volvió á subir á mi frente por la ofensa que la habia hecho con mi carta.

No salí de mi habitacion ni aun para almorzar: ella siguió cosiendo, y por dos veces echó sobre el balcon de mi cuarto una mirada desdenosa y triste: hácia las cuatro de la tarde dejó su labor, se levantó y desapareció en el fondo del gabinete.

Poco tardó en volver, ataviada para salir: entonces, rápido como una exhalacion, corrí á mi cuarto, cambié mi traje de casa por una levita, tomé el sombrero y bajé al portal de mi casa para seguirla.

Así que hubo cruzado la calle, eché á andar tras ella, notando en el alma un sentimiento de inefable bienestar, casi de dicha.

¡Cuánto más linda, cuánto más interesante la hallé de cerca que á la larga distancia que hasta entonces la habia contemplado! ¡Que maravillosa, qué extraña criatura era aquella!

Apenas podia llamarse mediana su estatura; y no obstante la admirable estructura de sus hombros, de su cuello y de toda su persona, la prestaba una gallardía llena de infinita gracia: su modo de andar, sobre todo, era incomparable: sus piés de niño se movian con un paso pequeño y regular, lleno de gentileza, y apenas se hubiera dicho que tocaban á la tierra: no podia la vista separarse de aquellos piecitos estrechos y arqueados, que salian bajo

los pliegues de su corta falda para ocultarse al instante, y al instante aparecer de nuevo.

Su calzado, muy sencillo, tenia una forma de admirable elegancia, así como su modesto y casi humilde traje: consistia éste en dos faldas de merino, hechas cortas y recogidas graciosamente: una manteleta sujeta á la cintura y adornada con lazos de luto, y el todo del traje estaba guarnecido de flecos que ondulaban graciosamente al andar, como los del vestido de una andaluza.

Un sombrerito de tul negro dejaba ver por delante dos bandas de cabellos rubios y rizados, y dejaba escapar por detras algunos bucles largos y elásticos que destacaban su armonioso color sobre el negro del vestido: á través del velo de tul que caia delante de su blanco rostro, brillaban como dos estrellas sus grandes y rasgados ojos azules, llenos de dulzura y de sensibilidad.

No ménos elegantes que su calzado, eran sus guantes; y estos dos signos de perfecta y natural elegancia me hicieron comprender al instante, tanto como el aire y apostura de aquella mujer, que pertenecia á una clase elevada de la sociedad, y que era un modelo perfecto de buen gusto y distincion.

Seguíala yo á corta distancia, sin permitir que en el camino se interpusiese nadie entre ella y yo: aspiraba con embriaguez el dulce

perfume de lirio y de jazmin que se desprendia de toda su persona, y que llegaba á mí como una emanacion divina de su sér, y temblaba que ella llegase al sitio donde se dirigia para no perderla de vista.

Los transeuntes le cedian la acera con un tierno respeto, aun cuando, al atravesar algunas calles, ella no tuviese el derecho de conservarla: dos veces se cruzó con una cortesana, y ésta le cedió igualmente el paso: ella aceptó este homenaje, como todos los demás, con un ligero movimiento de modesta gratitud.

Al volver una calle, se halló de frente con una dama jóven y bella, que exclamó:

—Amelia!

—Carolina! dijo á su vez mi vecina.

Y las dos se abrazaron tiernamente.

Yo oía por la primera vez el eco de su voz: ¡cuán bello y dulce me pareció! Aquella sola palabra me habia bastado para comprender los tesoros de melodía que encerraba: era una voz á la vez de seda y de plata.

Yo me detuve á poca distancia de las dos mujeres, fingiendo contemplan los escaparates de una tienda, pero en realidad atento á su conversacion y procurando no perder ni una sola palabra.

—¿Dónde has estado? preguntó Carolina: fui á tu casa, y me dijeron que te hallabas fuera de Madrid, y al lado de tus padres.

—En efecto, contestó la jóven con acento lento, triste é impregnado de dulzura; he estado cuatro meses al lado de mis padres.

—¿Y cuándo has vuelto á Madrid?

—Hará uno.

—¿Y él?

—Creo que está bueno.

—¿Pero no le ves?

—¡No!

Y al dar esta breve respuesta, la voz de Amelia pareció empapada de lágrimas.

Yo sentí saltar á mi corazon dentro del pecho.

¿Quién era él?

Un amante sin duda.

Á esta idea sentia arder en mi alma el volcan de los celos, como si tuviera ya derechos indisputables sobre aquella frágil é interesante criatura.

Ella habia dicho *que no le veia*: ¡pero qué tristeza tan dolorosa encerraba su acento al hacer esta afirmacion!

Amelia amaba á aquel hombre: yo no podia dudarle, pues el acento con que habia dado aquel *no*, sonaba en mi oido como una fúnebre campana.

—Tenemos que hablar largamente, dijo Carolina á su amiga: mañana iré á verte: ¿dónde vives?

Amelia dió las señas de su casa, y luego

alargó la mano á su amiga para despedirse de ella.

—¿Y tú, eres dichosa? le preguntó con dulzura, y mirándola tiernamente.

—Sí, respondió Carolina; pero lo soy más bien por mi carácter que por las circunstancias que me rodean.

Estas palabras encerraban uno de esos crueles alfilerazos que las mujeres guardan siempre para la amiga que más quieren: eran una tácita acusación para aquella jóven, á la que abrazaba, al parecer, con la mayor ternura.

—Adios, dijo Amelia, que pareció no haber comprendido el ataque.

—Adios, repuso Carolina: hasta mañana.

Las dos mujeres se separaron.

Yo seguí á Amelia: era casi dichoso: sabia su nombre, y habia oido su voz.

Ambas cosas eran, á mi parecer, encantadoras.

Después de atravesar otras dos ó tres calles, Amelia tomó la de las Infantas, y entró en un portal espacioso y elegante.

Yo dí un grito de alegría, que ella debió oír, porque volvió la cabeza, aunque no pudo distinguirme en la oscuridad de la escalera.

Allí, en aquella casa vivia mi tia, la viuda del general Romagosa.

Solo me faltaba saber si Amelia iba á la habitación de mi tia ó á alguna otra.

La seguí temblando.

Ella subia ligera: pasó del piso principal, y mi corazón latió con violencia.

Pero aún me quedaba un temor.

Podia ir al tercero.

Se detuvo en el segundo, y llamó.

Otro grito de alegría salió de mis labios.

Allí vivia mi tia.

## V.

Oí abrir al criado de la antesala, viejo y leal servidor, y después estas palabras, dichas con acento de afectuoso respeto:

—Buenas tardes, señorita.

El ruido que hizo la puerta al cerrarse no permitió oír nada más.

\*Yo me recosté contra la barandilla de bronce: la emoción me oprimía con su mano de hierro.

Estaba como deslumbrado: ¿por qué? yo mismo no podia explicarlo.

Esperé diez minutos, y llamé á mi vez.

El criado me precedió hasta el salón, y anunció:

—El señorito Mauricio.

Mi tia se volvió: yo debía estar muy pálido: alguna cosa temblaba dentro de mí: era mi

corazon, en el que sonaban fibras armoniosas, y hasta entonces mudas.

Mi tia estaba sentada en un gran sillón de tapicería oscura, tan sencillo y tan cómodo como todos sus muebles: era una dama que ya llegaba á los sesenta años, y que aún estaba rodeada de las imperecederas simpatías que rodean siempre á la virtud y á la inalterable pureza de las costumbres.

Su figura conservaba todavía una perfecta distincion, y en su rostro dulce y apacible existian rasgos de una gran belleza; gracias al color castaño claro de sus cabellos, habia aún en ellos muy pocas canas: la eterna juventud del alma reia en sus bellos ojos garzos, adornados de largas pestañas; su dentadura era blanca como el nácar y perfectamente conservada.

Habia dejado el mundo mucho antes de que el mundo la dejase, con ese tacto del gran talento, que huye siempre de lo que es ridiculo: habia perdido á su esposo y á dos hijos, quedándole solo una hija casada que era el objeto de toda su ternura.

Julia, mi prima, no poseia la noble naturaleza de su madre; como entre la marquesa de Sevigné y su hija, existia grande diferencia de caracteres y sentimientos entre mi tia y mi prima: esta era coqueta, voluble, caprichosa, dominante; su corazon no valia mucho más que su cabeza, y escepto á sus hijos y á su madre,

envolvía al mundo entero en una completa indiferencia, sin escluir de ella ni aun á su marido.

Estaba mi tia vestida con un elegante traje de primavera, de popelina oscuro; sus cabellos aún espesos y hermosos, estaban sencilla y graciosamente trenzados, sin que en aquella gracia natural existiese ninguna pretension de coquetería.

Bajo su cuello, liso y blanco como la nieve, pasaba una corbata blanca; y no llevaba otras alhajas que unos pendientes muy pequeños de oro y una cadena sencilla que sostenia su reloj.

Amelia, sentada enfrente de ella, tenia una actitud modesta y reservada, pero llena de elegancia; era tal la reputacion de virtud y dignidad de mi tia, que la que era admitida en su trato íntimo y familiar, podia pasar por irreprochable.

Casi más por esto que por la facilidad de tratarla, experimenté yo tan viva alegría de ver entrar á Amelia en casa de mi tia; aquella jóven debia ser buena, pura, irreprochable, cuando mi tia la recibia.

—Buenas tardes, hijo mio, me dijo la señora de Romagosa, alargándome la mano: ¿vienes á pedirme de comer?

Y antes de que yo respondiese, añadió mostrándome á mi vecina:

—La señora de Morvan, mi jóven amiga, y á la que amo poco ménos que á Julia.

Yo me incliné con la frente cubierta de palidez. Mi tía habia dado á Amelia el dictado de *señora*.

—Mi sobrino Mauricio, hijo de mi hermano el baron de Riosanto, dijo mi tía presentándome á mi vez á Amelia, que me saludó levemente.

—¿Con que vienes á pedirme de comer? prosiguió mi tía: en ese caso tienes que esperar aún media hora; pero tendrás la compensacion, pues Amelia tambien nos hará compañía. ¿No es verdad, hija mia?

—Señora, no habia pensado comer hoy fuera de mi casa, dijo mi vecina con su dulce voz y su graciosa dulzura; pero tampoco sabria negarme á su amable invitacion.

—Está dicho; comeremos los tres, dijo mi tía, y esta noche, mi querida Amelia lucirá su talento músico tocando y cantando al piano: espero á Julia, á su marido y á un hermano de éste, que acaba de llegar de Paris.

Yo me pregunté si soñaba: estar al lado de Amelia cuatro ó cinco horas, comer á su lado; oirla cantar, me parecia el colmo de la dicha: ya habia olvidado el dictado de *señora* que mi tía le habia dado y que tanto daño me habia hecho al oirlo: solo pensaba en mirarla, en oirla, en estar á su lado escuchando su voz y

leyendo en aquel gracioso rostro todo lo que sentia.

Ella no parecia poner en mí ninguna atencion: en su semblante moraba siempre aquella expresion de profunda pena, aunque contenida por una extremada dulzura: no era el dolor, era el sentimiento bajo su forma más pura y más elocuente.

La doncella de mi tía vino á tomar el sombrero de Amelia; entonces su rubia cabellera se extendió en largos y sedosos bucles por sus hombros y espalda, con la gracia natural y exquisita de los peinados de nuestros dias.

Poco tardaron en ávisar que la conida estaba servida: yo dí el brazo á mi tía, y Amelia nos siguió acariciando á la lebreja de la señora de Romagosa, hermoso y manso animal que parecia conocer á la jóven y amarla desde hacia ya largo tiempo.

Mi tía vivia con una modestia y sencillez extremadas: no contaba con mas bienes de fortuna que con su viudedad; y á no ser porque conservaba los muebles y la plata de la casa conyugal, acaso no hubiera podido tener su habitacion el *comfort* elegante que acusaba un bienestar agradable y completo.

Su mesa era sencilla y casi frugal, pero servida con decoro y abundante en detalles de buen gusto: la vagilla modesta, de loza blanca con dibujos de violetas; la plata antigua y el

crystal liso y limpio, formaban, con la blancura de nieve del lienzo, un armonioso conjunto: dos enormes ramos de flores, colocados en dos jarrones de cristal, alegraban la mesa y daban al comedor un grato y suave perfume.

Aún comimos á la suave luz de la tarde, que se filtraba por los transparentes que cubrían las ventanas del comedor: estos transparentes tenían cada uno un bello medallon, que encerraba un canastillo de flores, y estaba rodeado de ramas de verde yedra.

Amelia se sentó á la izquierda de mi tia; yo enfrente, y me puse á servir á las dos, con tanto placer, que mi tia lo comprendió y me miró con admiracion.

—Hoy te veo como hace mucho tiempo que no te veia, Mauricio, me dijo, y no te puedo explicar lo que me alegro: el marasmo moral en que yacias desde hace largo tiempo me tenia desconsolada, y tu padre y yo hemos hablado de tí muchas veces con tristeza: ¿que te sucedia?

—No lo sé, tia: creo que me cansaba de vivir.

—¡Impío! exclamó riendo la señora de Romagosa: no digas delante de mí tal cosa: ¿qué te falta? ¿no eres joven, bueno y bien educado? ¿No tienes una alma bella, buenos instintos, un claro talento y una familia que te adora?

—Todo eso, mi querida tia, dije yo, no hace la felicidad.

—¿Pues qué se necesita para ser dichoso?

—Lo ignoro, y acaso me sobra á mí algo para serlo.

—Tienes razon: te sobran las locuras de tu imaginacion, repuso tristemente mi tia: sin embargo, continuó, yo puedo explicar un poco tu mal, y lo haré sin reparo, pues Amelia, aunque muy jóven, es casada.

Yo miré á mi vecina: aquel suave rubor que, como una nube rosada, habia yo visto ya subir de su corazon á su rostro, vestia su frente y sus mejillas.

Tenia la cabeza inclinada, y parecia confusa de que se me hubiera hecho aquella revelacion.

Para mi tia, que no miraba á la joven con la atencion sostenida que yo la dedicaba, pasó desapercibida aquella dolorosa impresion, y prosiguió hablando conmigo de esta suerte:

—Tú, hijo mio, has tenido la desgracia comun á todos los jóvenes que llegan á esta Babel en busca de posicion y de bienestar para el porvenir: sin familia, sin ninguno de esos afectos verdaderos que protegen á la juventud, y á la vez sediento de emociones y de amor, has llamado amigos á los indiferentes, y has creído buenos y leales á los envidiosos y hostiles: has tomado el ardor de tu imagina-



cion por la sávia fecundante del talento, y la adulacion te ha afirmado más y más en tus peligrosas vanidades: la ociosidad te ha envuelto en su impalpable pero terrible red, y te ha perdido el decirte cada noche, despues de un dia de ociosidad y de desórden:

»Mañana trabajaré.»

— Todo eso, tia mia, es una triste verdad, dije yo con voz conmovida, y hoy seria un hombre, y no un niño, si un afecto inteligente como el de Vd. me hubiera guiado y protegido.

—Y qué, los veinte años ¿piden ni aceptan guia y proteccion? exclamó mi tia: en vano hubiera sido que yo te la hubiera ofrecido: la juventud es presuntuosa, dice Fenelon: ella se lo promete todo de sí misma; pero los años traen el desaliento y la fatiga, y ya te hallas cerca de ese período.

—Me hallo ya en él, repuse con una amarga melancolia, mirando á Amelia, que á su vez me miró con extraordinaria dulzura y simpatía.

—No, no, repuso mi tia; aún te queda largo tiempo para recorrer esos ásperos senderos, que os parecen bellos, y en cuyas orillas dejais no solo los girones del vestido, sino tambien los pedazos del corazon: no tienen aún para tí significado alguno las palabras *deber* y *sacrificio*: pero llegará un dia en que se escul-

pan en tu alma, rodeadas de luz y de inmortales resplandores.

—¿Y por qué, tia mia, no estar persuadida de que ya las veo así? exclamé dirigiendo á Amelia una rápida pero elocuente mirada: ¿por qué no he de desear ya la paz y el sosiego que nunca disfruté?

—¿Qué edad tienes? preguntó mi tia: la sé sobre poco más ó ménos; pero un año es mucho para la cuestion que nos ocupa.

—Tengo veinticinco años, respondí.

—Te creia con alguno ménos, dijo la señora de Romagosa: más, á pesar de esto, te repito que aún no ha llegado para tí la hora de la luz.

Yo iba á contestar; y sin duda lo hubiera hecho con alguna amargura, cuando mi tia, previendo acaso lo que pasaba en mi corazon, cambió de conversacion, dirigiendo á Amelia algunas palabras acerca de un asunto de tocador.

La comida terminó sin otro incidente, y pasamos al salon, donde se hallaba servido el café.

## VI.

Julia vino á ver á su madre, segun su costumbre de todos los dias: algunas personas de la intimidad de mi tia, hasta el número de ocho ó diez, fueron llegando tambien.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1925 MONTERREY, MEXICO